

DISCURSO PRONUNCIADO POR CLARA CAMPOAMOR  
EN EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS EL 1 DE  
OCTUBRE DE 1931 (DIARIO DE SESIONES DEL  
CONGRESO DE LOS DIPUTADOS, NÚMERO 48)  
(SE ACOMPAÑA COMENTARIO «CLARA  
CAMPOAMOR: HISTORIA DE UNA MESA», DE  
AMELIA VALCÁRCEL)

SPEECH DELIVERED BY CLARA CAMPOAMOR IN THE CONGRESS  
OF DEPUTIES ON 1 OCTOBER 1931 (SESSIONS DIARY OF CONGRESS  
OF DEPUTIES, NUMBER 48)

(INCLUDING AMELIA VALCÁRCEL'S COMMENTARY: "CLARA  
CAMPOAMOR: HISTORIA DE UNA MESA")

Clara CAMPOAMOR  
Diputada de la Segunda República española  
(Madrid, 1888-Lausana, 1972)

La Srta. **CAMPOAMOR**: Sres. Diputados, lejos yo de censurar ni de atacar las manifestaciones de mi colega, Srta. Kent; comprendo, por el contrario, la tortura de su espíritu al haberse visto hoy en trance de negar la capacidad inicial de la mujer (**Rumores.**) ; al verse en trance de negar, como ha negado, la capacidad inicial de la mujer. (**Continúan los rumores.**) Creo que, por su pensamiento ha debido pasar, en alguna forma, la amarga frase de Anatole France, cuando nos habla de aquellos socialistas que, forzados por la necesidad, iban al Parlamento a legislar contra los suyos. (**Nuevos rumores.**)

Respecto a la serie de afirmaciones que se han hecho esta tarde contra el voto de la mujer, he de decir, con toda la cordialidad necesaria, con toda la consideración necesaria, que no están apoyadas en la realidad. Tomemos al azar algunas de ellas. Que ¿cuándo las mujeres se han levantado para protestar de la guerra de Marruecos? Primero: ¿y por qué no los hombres? Segundo: ¿quién protestó y se

levantó en Zaragoza cuando la guerra de Cuba más que las mujeres? ¿Quién nutrió la manifestación pro responsabilidades del Ateneo, con motivo del desastre de Annual, más que las mujeres, que iban en mayor número que los hombres? (**Rumores.**)

¡Las mujeres! ¿Cómo puede decirse que cuando las mujeres den señales de vida por la República se las concederá como premio el derecho a votar? ¿Es que no han luchado las mujeres por la República? ¿Es que al hablar con elogio de las mujeres obreras y de las mujeres universitarias no se está cantando su capacidad? Además, al hablar de las mujeres obreras y universitarias, ¿se va a ignorar a todas las que no pertenecen a una clase ni a la otra? ¿No sufren estas como las otras las consecuencias de la legislación? ¿No pagan los impuestos para sostener al Estado en la misma forma que las otras y que los varones? ¿No refluye sobre ellas toda la consecuencia de la legislación que se elabora aquí para los dos sexos, pero solamente dirigida y matizada por uno? ¿Cómo puede decirse que la mujer no ha luchado y que necesita una época, largos años de República, para demostrar su capacidad? Y ¿por qué no los hombres? ¿Por qué el hombre, al advenimiento de la República, ha de tener sus derechos y ha de ponerse un lazareto a los de la mujer?

Pero, además, Sres. Diputados, los que votasteis por la República, y a quienes os votaron los republicanos, medita un momento y decid si habéis votado solos, si os votaron solo los hombres. (**Varios Sres. Diputados:** Si.-**Otros Sres. Diputados:** No.) ¿.Ha estado ausente del voto la mujer? Pues entonces, si afirmáis que la mujer no influye para nada en la vida política del hombre, estáis –fijaos bien–afirmando su personalidad, afirmando la resistencia a acataros. ¿Y es en nombre de esa personalidad, que con vuestra repulsa reconocéis y declaráis, por lo que cerráis las puertas a la mujer en materia electoral? ¿Es que tenéis derecho a hacer eso? No; tenéis el derecho que os ha dado la ley, la ley que hicisteis vosotros, pero no tenéis el derecho natural, el derecho fundamental, que se basa en el respeto a todo ser humano, y lo que hacéis es detentar un Poder; dejad que la mujer se manifieste y veréis como ese Poder no podéis seguir detentándolo. (**El Sr. Tapia:** Se manifiesta en las procesiones.) En las procesiones, Sr. Tapia, van machos mis hombres que mujeres.

Es que no les remuerde la conciencia a ninguno de los Diputados republicanos presentes de haber pasado a la Historia en fotografías llevando el palio en una procesión. (**Muy bien.**) Pues no hablemos de esas cosas, porque lo que aquí importa es el principio. (**El Sr. Pérez Madrigal:** Lo que importa es la República.) Ese es el principio; a mí, Sr. Pérez Madrigal, la Republica me importa tanto, por lo menos –y digo por lo menos por consideración respetuosa–, que a S. S., y precisamente porque la Republica me importa tanto, entiendo que sería un gravísimo error político apartar a la mujer del derecho del voto. (**El señor Pérez Madrigal:** La restauración es to mismo que conceder el voto a la mujer.) Está equivocado su señoría; cuanto S. S. afirma en ese sentido es una hipótesis... (**El Sr. Pérez Madrigal:** Tan respetable como la de S. S.), y frente a esa hipótesis yo tengo la mía: la de la conciencia, la de la fe, la del fervor ; no tiene derecho S. S., en nombre de mi hipótesis, a cerrar el paso a más de la mitad de la raza española . (**El Sr. Pérez Madrigal:** No se le cierra el paso; es cuestión de tiempo; es una cita para el año que viene.)

El Sr. PRESIDENTE: Ruego a la Cámara que guarde silencio.

La Srta. **CAMPOAMOR:** Yo ruego a la Cámara que me escuche en silencio; no es con agresiones y no es con ironías como vais a vencer mi fortaleza; la única cosa que yo tengo aquí ante vosotros, Sres. Diputados, que merezca la consideración y acaso la emulación es precisamente el defender un derecho a que me obliga mi naturaleza y mi fe, con tesón y con firmeza. (**Muy bien. Aplausos.**) No quisiera recoger interrupciones para no alargar la discusión; pero, puesto que he oído en el aire que «dentro de un año», ¿es que creéis que dentro de un año la mujer si iba a estar capacitada? ¿Es que creéis que para esa época vais a conquistar su ideología? Pues ¿por qué no empezáis la cruzada rápidamente, para conquistarla antes? ¿Es que para vencer esa naturaleza acaso necesitáis el plazo de un año?

Se lanzaba ayer desde esos bancos (**Señalando a los de la minoría radical socialista.**) el nombre de la señorita telefonista de Ayerbe, diciendo que se convirtió en espía; frente a ese os cito yo como símbolo de otras el de otra mujer, el de Mariana de Pineda. (**Rumores.**)

Pero vengamos a la pura esfera de los principios. He de comenzar por decir, Sres. Diputados, que mi situación, especial en la Cámara, precisamente, es un poco la de Saturno, la de devorar mis argumentos; yo no quisiera que sobre la Cámara se sintiera la pesadumbre de la mujer.

De aquí que, en vez de extenderme en refutar por menudo, como podría hacer, los argumentos vertidos, haya de concretarme, precisamente por temor a cansaros, a remitirme a lo que ayer os dije. Me encuentro en esa posición en que nosotros los abogados hemos visto tantas veces al delincuente en el banquillo de los acusados: le sobran, acaso, razones, argumentos para contrarrestar las acusaciones; pero solo frente a todos, tal vez cree que debe congraciarse un poco con el silencio, y su timidez vence a su natural obligación de defensa. Por eso he de limitar mucho mi intervención en la tarde de hoy.

No se trata aquí esta cuestión desde el punto de vista del principio, que harto claro está, y en vuestras conciencias repercute, que es un problema de ética, de pura ética reconocer a la mujer, ser humano, todos sus derechos, porque ya desde Fichte, en 1796, se ha aceptado, en principio también, el postulado de que sólo aquel que no considere a la mujer un ser humano es capaz de afirmar que todos los derechos del hombre y del ciudadano no deben ser los mismos para la mujer que para el hombre. Y en el Parlamento francés, en 1848, Víctor Cousin se levantó para decir que una Constitución que concede el voto al mendigo, al doméstico y al analfabeto—que en España existe—no puede negársele a la mujer. No es desde el punto de vista del principio, es desde el temor que aquí se ha expuesto, fuera del ámbito del principio—cosa dolorosa para un abogado—como se puede venir a discutir el derecho de la mujer a que le sea reconocido en la Constitución el de sufragio. Y desde el punto de vista práctico, utilitario, ¿de qué acusáis a la mujer? ¿Es de ignorancia? Pues yo no puedo, por enojosas que sean las estadísticas, dejar de referirme a un estudio del Sr. Luzuriaga acerca del analfabetismo en España.

Hace él un estudio cíclico desde 1868 hasta el año 1910, nada más, porque las estadísticas van muy lentamente y no hay en España otras. ¿Y sabéis lo que dice esa estadística? Pues dice que, tomando los números globales en el ciclo de 1860 a 1910, se observa que mientras el número total de analfabetos varones, lejos de disminuir ha aumentado

en 73.082, el de la mujer analfabeta ha disminuido en 48.098; y refiriéndose a la proporcionalidad del analfabetismo en la población global, la disminución en los varones es sólo de 12,7 por 100, en tanto que en las hembras es de 20,2. Esto quiere decir simplemente, agrega el autor, que la disminución del analfabetismo es más rápida en las mujeres que en los hombres y que de continuar ese proceso de disminución en los dos sexos, no sólo llegaran a alcanzar las mujeres el grado de cultura elemental de los hombres, sino que lo sobrepasaran. Eso en 1910. Y desde 1910 ha seguido la curva ascendente, y la mujer, hoy día, es menos analfabeta que el varón. No es, pues, desde el punto de vista de la ignorancia desde el que se puede negar a la mujer la entrada en la obtención de este derecho. (**Muy bien.**)

Otra cosa, además, al varón que ha de votar. No olvidéis que no sois hijos de varón tan solo (**Risas**), sino que se reúne en vosotros el producto de los dos sexos.

En ausencia mía y leyendo el **Diario de Sesiones**, pude ver en él que un doctor hablaba aquí de que no había ecuación posible, y con espíritu heredado de Moebius y Aristóteles declaraba la incapacidad de la mujer. A eso, un solo argumento: aunque no queráis y si por acaso admitís la incapacidad femenina, votáis con la mitad de vuestro ser incapaz. Yo y todas las mujeres a quienes represento queremos votar con nuestra mitad capaz masculina, porque no hay degeneración de sexos, porque todos somos hijos de hombre y de mujer y recibimos por igual las dos partes de nuestro ser. Este principio lo oía yo explicar con clarividencia magnífica al insigne maestro Unamuno, refiriéndose a una discusión con D<sup>a</sup>. Emilia Pardo Bazán, discusión en que esta se hallaba atenazada con el argumento de la incapacidad heredada y, al fin, él le dio la salida en este magnífico argumento que luego han desarrollado los biólogos. Somos producto de dos seres; no hay incapacidad posible de vosotros a mí, ni de mí a vosotros. Desconocer esto, es negar la realidad evidente. Negadlo si queréis; sois libres de ello, pero solo en virtud de un derecho que habéis (perdonadme la palabra, que digo solo por su claridad y no con espíritu agresivo) detentado, porque os disteis a vosotros mismos las leyes; pero no porque tengáis un derecho natural para poner al margen a la mujer.

Yo, Sres. Diputados, me siento ciudadana antes que mujer, y considero que sería un profundo error político dejar a la mujer al

margen de ese derecho, a la mujer que espera y confía en vosotros; a la mujer que, como ocurrió con otras fuerzas nuevas en la Revolución francesa, será indiscutiblemente una nueva fuerza que se incorpora al Derecho y no hay sino empujarla a que siga su camino. No dejéis a la mujer que, si es regresiva, piense que su esperanza estuvo en la Dictadura; no dejéis a la mujer que piense, si es avanzada, que su esperanza de igualdad está en el comunismo. No cometáis, Sres. Diputados, ese error político de gravísimas consecuencias. Salváis a la Republica, ayudáis a la República atrayéndoos y sumándoos esa fuerza que espera ansiosa el momento de su redención.

Cada uno habla a virtud de una experiencia y yo os hablo en nombre de la mía propia. Yo soy Diputado por la provincia de Madrid; la he recorrido, no solo en cumplimiento de mi deber, sino por cariño, y muchas veces, siempre, he visto que a los actos públicos acudía una concurrencia femenina muy superior a la masculina, y he visto en los ojos de esas mujeres la esperanza de redención, he visto el deseo de ayudar a la Republica, he visto la pasión y la emoción que ponen en sus ideales. La mujer española espera hoy de la Republica la redención suya y la redención del hijo. No cometáis un error histórico que no tendréis nunca bastante tiempo para llorar (**Rumores**); que no tendréis nunca bastante tiempo para llorar al dejar al margen de la Republica a la mujer, que representa una fuerza nueva, una fuerza joven; que ha sido simpatía y apoyo para los hombres que estaban en las cárceles; que ha sufrido en muchos casos como vosotros mismos, y que está anhelante, aplicándose a sí misma la frase de Humboldt, de que la única manera de madurarse para el ejercicio de la libertad y de hacerla accesible a todos, es caminar dentro de ella.

Señores Diputados, he pronunciado mis últimas palabras en este debate. Perdonadme si os moleste, considerando que es mi convicción la que habla; que hablo como republicana, pero como republicana que ante un ideal lo defendería hasta la muerte; que pondría, como dije ayer, la cabeza y el corazón en el platillo de la balanza, de igual modo que Breno colocó su espada, para que se inclinara en favor del voto de la mujer, y que además sigo pensando, y no por vanidad, sino por íntima convicción, que nadie como yo sirve en estos momentos a la República española. (**Muy bien.-Aplausos**).

## CLARA CAMPOAMOR: HISTORIA DE UNA MESA

Amelia VALCÁRCEL

Catedrática Emérita de Filosofía Moral y Política

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Consejera Electiva del Consejo de Estado

<https://orcid.org/0000-0002-6709-5388>

Se cuenta de Wittgenstein que comentó, angustiado, en una de sus clases que en el sueño de la noche no lograba distinguir las proposiciones de las mesas. Eso le producía sudor frío. Otro tanto me podría suceder, porque a medida que voy sabiendo más sobre las mujeres relevantes en el mundo de las ideas y sus mesas se me hace difícil distinguir las peripecias de las unas y de las otras. Lo de Wittgenstein, uno de los filósofos importantes del siglo xx, podría tener explicación en lo a menudo que en filosofía tomamos la mesa profesoral como ejemplo; es ello, casi seguro, por la impronta neokantiana que ha hecho bascular hacia la teoría del conocimiento el campo de lo pensable. Pero lo de las mujeres y sus mesas es distinto, más largo y profundo.

Este 2021, por ejemplo, con discreción, una mesa cruzó de lado a lado la Carrera de San Jerónimo. Una mesa de tamaño mediano, que no llega a los cien años, aunque es mueble del Renacimiento. Se trata de ese estilo severo y algo pomposo que se puso de moda a finales del siglo xix y que tuvo comienzo en Francia, de ahí que normalmente se le nombre también como *estilo Enrique II*. Son esos muebles oscuros y torneados, de roble o de castaño, que a veces exhiben cabezas en relieve y cueros repujados. Nos recuerdan antiguas notarías y vetustos bufetes: pesados, de patas salomónicas, cajones de sólidos herrajes y con vidrios emplomados en los armarios. Despachos, comedores y hasta salones se fabricaron en ese estilo y, lo que resulta más notable, fueron frecuentemente vendidos como verdaderas antigüedades. El estilo renacimiento se hizo muy popular entre las clases altas del último tercio del siglo xix. Está en las casas y en las novelas. Clarín

emplea parte de su *Regenta*, la del zoo vetustense, en contar como uno de los aparentes amigos del rico marqués de Vegallana había ideado una manera de desacreditarle. Se había comprado el personaje un salón con tal mobiliario que le habían vendido por bueno en París y el falso amigo le tenía hechos unos agujeros en los que se demostraba que era de anteayer. Se los enseñaba a las visitas y luego los tapaba con cera cuidadosamente.

No son muebles simpáticos. Quizá a eso se deba el comentario que un día escuché a una diputada, justo en el edificio de enfrente. Pasando al lado de esa mismísima mesa la oí decir: «A ver cuándo sacamos esta porquería de aquí». Porque, en efecto, la ya muy aludida mesa estaba reposando en una de las salas del edificio de enfrente, allá donde el Congreso había enviado varios despachos. En su primer piso. Allí se colocó esa mesa y miraba a un busto de su dueña un 20 de diciembre del año 2006. Busto y mesa se observaron un par de años y luego el busto fue dirigido a un vano de escalera. Sola y sin contexto, la mesa llamaba a no sé qué memorias. Estaba sola, descendida de signo, a punto de olvido.

PERO ¿DE DÓNDE HABÍA SALIDO ESA MESA?

Conocí a Carmen Olmedo en Baeza. Nos vimos después sin parar: en Sevilla, en Madrid, en Málaga, en Madrid de nuevo y vuelta a la rueda. Con ella me di cuenta de que la épica feminista iba tomando cuerpo. Con ella y con su gente. Era entonces, antes de ser diputada, Directora del Instituto Andaluz de la Mujer. Olmedo, gran hacedora de equipos, supo poner a su alrededor personas valiosas, muy distintas entre sí, pero todas convenientes. Era también mujer de fuertes convicciones morales, capacidad estratégica, juicio atinado y rápido, conversadora eficaz e individual valiente a la que resultaba difícil detener una vez que decidía hacer algo. Cierto, nadie es perfecto y sin tacha. Se equivocó, como lo hacemos el resto, sus buenas dos o tres veces. Pero en lo esencial fue por el camino recto y la vista atenta a los laterales. Fue decisiva en el concretarse de la agenda feminista. Tuvo que conseguir, casi en solitario, que el Psoe se implicase en la lucha contra la violencia machista; se embarcó en un tren a medianoche, llegó a Ferraz y no paró hasta conseguirlo, que no fue fácil; en realidad

nunca nada lo es. Cuando, ya diputada, emprendió sus cruzadas contra el IVA que gravaba los productos de higiene femenina imprescindibles, lo hizo con la misma determinación. Paciencia y farmacias, una tras otra, comprando compresas y pañales y pidiendo recibo con los impuestos desglosados. Firme y nunca zalamera. Siempre amable. Porque la valentía es elegancia.

Y la perfección de la valentía es la capacidad de respeto y agradecimiento. Carmen Olmedo lo tenía claro. España había contraído una deuda no pagada con Clara Campoamor. Conseguir el voto de las mujeres era una hazaña que exigía el máximo reconocimiento. Empujó, peleó, reunió, convenció. Gracias a su impulso Clara Campoamor tuvo una placa en el Congreso. Pequeña. Decía ella que era pequeña. Para probarlo la medía de vez en cuando, sacando su metro del bolso, «exactamente veinte por treinta centímetros», y la comparaba con otras similares o con los retratos de próceres olvidados que pueblan el lugar. Carmen hizo cuanto pudo. En el setenta aniversario del voto se había buscado pared y ya la placa pendía. Olmedo consiguió primero esa plaquita, una de esas en las que, sobre una leve hoja de plata, se detallan los méritos de quien la haya merecido. Nos llevamos una alegría el día que se colocó porque tampoco había tantas ganas de encontrarle sitio. Allí, según se entra a la derecha, la dejó puesta oficialmente cuando abandonó el Congreso en el 2004.

Pero el afán no lo dejó. Porque, si bien ya no era diputada, siguió luchando para que Campoamor tuviera un lugar propio y un busto que la recordara. El busto se convirtió en su monotema. Otra Carmen, Alborch, lo tomó con el mayor apego. Y la obstinación de la una y el extraordinario saber hacer de la otra alcanzaron a culminar el caso. Había placa, pequeña, y, ahora por fin también, busto contemporáneo. Lo colocaron en el edificio de enfrente porque no hubo manera de hacerle lugar. No, por tanto, en aquel en el que Clara trabajó, apostó, argumentó, aclaró y venció. Pero lo colocaron. Recuerdo aquel hermoso día, aquella mañana, porque el feminismo español se dio cita allí en el 2006. Era el Setenta y cinco aniversario del voto. Hubiéramos querido contar para descubrirlo con... con tanta gente... Pero lo hicimos solas. Estaban ese busto transparente y enfrente esa mesa. Ambas Cármenes, Olmedo y Alborch, y las personas más cercanas a la iniciativa.

Vimos entonces y allí mismo aquella mesa que se había rescatado y que parecía ser la única herencia material de Campoamor. Había llegado de mano de una asociación que la conservaba. Extraño caso. Todas nos acercamos al busto y todas palpamos la mesa. Parecía sólida.

#### LA PROPIETARIA DE LA MESA

En 1936, a comienzos de septiembre, Clara Campoamor consiguió escapar de Madrid. Tras el levantamiento militar la capital se había convertido en un agujero inhabitable del que no nos faltan descripciones, aunque una de las mejores sea la suya:

El terror reinaba en la retaguardia desde el comienzo de la lucha. Patrullas de milicianos comenzaron a efectuar arrestos, en los domicilios o en la calle, allí donde creían encontrar elementos enemigos. Los milicianos, fuera de cualquier legalidad, se erigían en jueces populares y sus arrestos iban seguidos de fusilamientos. En seguida una trágica frase se hizo corriente en la retaguardia; llevaban a alguien «a hacer el paseílo». Hacer el paseílo se convirtió en el deporte favorito de los milicianos<sup>1</sup>.

Las personas que escapaban dejaban sus casas expuestas al saqueo, aunque también había saqueos legales: se incautaban de sus pertenencias que quedaban bajo la responsabilidad de supuestos organismos vigilantes. La realidad es que aquello era un caos.

Los muebles hablan; las casas hablan. Había conseguido Clara, desde sus orígenes en Malasaña, que entonces se llamaba Maravillas, arribar a la Plaza de la Lealtad. Así les pasa a veces a las gentes, que su vida se cuenta por estos traslados<sup>2</sup>. El de Campoamor era un periplo nada desdeñable en la geografía urbana porque nos da cuenta de un significativo ascenso. Ahora también parecería meteórico, pero en tiempos más estancos y reluctantes al ascenso social el suyo resulta asombroso. Esos dos kilómetros son una vida. Carmen Eulalia, que decidió llamarse Clara, fue el mejor resultado de las posibilidades que,

---

<sup>1</sup> La Revolución española vista por una republicana», (1937) Ed. Española UAB, Neus Samblancat, Bellaterra, 2002, pág. 130.

<sup>2</sup> Lo contaba la cantante y actriz Marisol, niña legendaria: que toda su vida se resumía en haber cambiado de barrio en Málaga. Le debo este perspicaz apunte.

pocas y de una en una, se habían abierto en España a las mujeres en el final del XIX. Barrio pobre. Su madre costurera, su abuela portera, huérfana de padre... se tuvo que poner ya a trabajar a los doce años, aunque desde antes ayudara en casa como «peque», sobrehilando, dando puntadas y repartiendo. Trabajando siempre. Tenía dos cualidades en modo eminente, inteligencia y tesón. Las usó. ¿Ir a la universidad? «Ni las hadas osarían depositar en su cuna el don de cursar altas enseñanzas oficiales»<sup>3</sup>.

Volviendo al barrio de Malasaña: El fenómeno de americanización del centro no se había producido y es bien cierto que en Madrid no lleva trazas de llegar a hacerlo. Se llama así al despoblamiento progresivo de los centros urbanos que pasan a manos de personas sin capacidad, se desconchan y caen<sup>4</sup>. Maravillas no era un buen barrio. Campoamor fue cambiando de casa a medida que aumentaba diplomas. De costurera a dependienta de mercería, de ahí a estudiar de noche y sacar las primeras oposiciones que se hicieron, las de telégrafos<sup>5</sup>. A eso siguió el bachillerato hecho ya de mayor y por libre. De eso a maestra de adultas<sup>6</sup>. Llevó a su madre a vivir con ella a Fuencarral. Estudiando derecho a altas horas y examinándose donde mejor le pudiera ir, Madrid, Murcia y Oviedo, hasta terminar en dos años la carrera. De ahí a la abogacía y a colegiarse. Por fin una parada importante, la plaza del Ángel.

Había pasado por varias pensiones de diferentes provincias antes de llegar a la plaza del Ángel. Allí, probablemente por la fotografía

---

<sup>3</sup> Lo escribe Campoamor de sor Juana y se lo aplico.

<sup>4</sup> Resumido magníficamente por Stimbeck: «He aquí una generalidad referente al crecimiento de las ciudades norteamericanas, aparentemente aplicable por igual a todas cuantas conozco. Cuando una ciudad empieza a crecer y a extenderse por los bordes, el centro, que antes era su gloria y su orgullo es abandonado al tiempo. Los edificios van oscureciéndose e invade a ese centro una especie de deterioro: a esa parte se traslada la gente más pobre porque los alquileres de sus casas han bajado y el comercio pequeño, de los bordes, reemplaza a lo que antes eran florecientes negocios. El distrito es todavía demasiado bueno para ser demolido pero demasiado anticuado para resultar deseable. Además toda la energía ha fluido hacia afuera». Viajando con mi perro, Ediciones Selectas, Buenos Aires, 1963, págs. 212-13.

<sup>5</sup> Citadas y apoyadas por Pardo Bazán, porque nada se hace en vano. Entró como auxiliar de segunda clase. Y entró con veintiún años; pasó cuatro años trabajando fuera entre Zaragoza y San Sebastián.

<sup>6</sup> Dando clases de taquigrafía y mecanografía. De hecho se sacaba un pequeño plus mecanografiando para ministerios y traduciendo del francés.

que conservamos, se hizo con una mesa Enrique II. Porque aparece tras una en pose de abogada en foro. 1924 y tenemos la mesa. Cuando se la compró ya sabía que era moderna y una falsa antigüedad. Nadie se llamaba a engaño con esos muebles después de la Gran Guerra. En ella había de escribir sus notas, preparar sus pleitos, guardar sus documentos importantes. Para que quede claro: una de estas mesas es la antítesis de la mesa camilla, que tanto espacio ocupó en nuestras letras y nuestro cine. Desconfíen de cualquiera que se imagine a las mujeres en mesa camilla o a ella las mande<sup>7</sup>. Allá donde la camilla reina hay una eticidad y donde lo hace el escritorio hay otra. Un mueble es siempre capaz de imponer su ley. Dice Campoamor de Arenal, de cuyo monumento trataremos: «Para poder hacer todo lo que hizo, hubo de comenzar por hacerse a sí misma»<sup>8</sup>. Los objetos nos hacen. Los que mucho amamos testimonian de qué nos hemos hecho.

#### MUJERES AUTODIDACTAS

Esta es una mesa, la de la fotografía de la abogada Campoamor, de respeto. Se parece bastante a otra, auténticamente renacentista, que ha tenido un gran papel en la historia del pensamiento. La mesa de Campoamor discurre por la estética de la de Montaigne. Las separan cuatro siglos. En ella el Señor de Montaigne, primer filósofo de la Modernidad, inventó una nueva forma de escribir a la que llamó con perfecta falsa modestia *Ensayos*. En la torre en que Montaigne habitó su biblioteca y su lugar de estudio, su pequeña mesa es una delicia de ver. Lo imagino escribiendo en ella esa carrera infatigable de inteligencia del mundo. Montaigne había sido educado, bajo las órdenes de su padre, para sabio y perfecto: nada debía turbarle. Se le despertaba con música para que no se alterase; sus maestros se turnaban en instruirle a no ser que demostrara cansancio. Para él, el saber y el poder fueron un camino de rosas solamente enturbiado

---

<sup>7</sup> Excepción haré y también confesaré. Confieso que, cuando con mis treinta años y joven profesora ayudante de universidad me opuse a un varón con mando en plaza, el comentario fue que las cosas que yo decía las guardara para la mesa camilla de mi casa, donde, por cierto, nunca la ha habido. Sin embargo una mesa camilla guardaré siempre con el mayor respeto en mi memoria, la de Ramón Piñeiro, en su casa de Santiago de Compostela, de quien y con quien tanto aprendí.

<sup>8</sup> «El Pensamiento vivo de Concepción Arenal», Losada, Buenos Aires, 1943, pág. 12.

por las guerras protestantes. En su torre, donde guardaba también su amada biblioteca, puede verse su mesa. Es una de su siglo, el xvi. El periplo educativo de Campoamor se dice pronto y pone los pelos de punta. Las mujeres han sido siempre condenadas a la autodidaxia, la propia Campoamor lo escribió más de una vez, porque conocía bien el caso, el tener «por maestro un libro mudo y por compañero de estudios un tintero insensible». La mesa vino a por Montaigne. Clara tuvo que atrapar la suya.

Cuando escribe sobre sor Juana Inés de la Cruz subraya Campoamor que Juana, ya de niña, pensó en vestirse de varón cuando supo que había universidad en México. Así la cita:

Cuando tuve como seis años oí decir que había Universidad y escuelas en Méjico y apenas lo oí cuando empecé a instar a mi madre con inoportunos ruegos, solicitando de ella que, mudándome de traje, me mandase a Méjico a casa de unos deudos, para estudiar y cursar en la universidad. Ella no lo quiso hacer, e hizo bien, pero yo despiqué mi deseo de leer leyendo muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen reprensiones ni castigos a estorbarlo<sup>9</sup>.

A sor Juana le prohibieron el estudio en su convento, cuando más despierta y madura era ya su inteligencia, porque, escribe Clara, «el varón se ha arrogado administrar por la negativa la mente femenina». Una mujer nunca podrá conseguir, prosigue, «la borla de oro», el doctorado en las cinco facultades, porque jamás entrará en la de Teología. Pero el libro de la maravillosa máquina de la vida no se le puede hurtar a ningún cerebro empeñado en saber. Así que dejaron a Juana de Asbaje sin libros... y sin mesa, hay que decirlo, pero con su talante: «privada de los libros dedícase a observar, deducir y meditar»<sup>10</sup>.

También María Zambrano se queja de haber tenido que hacer filosofía a pura nada, privada por la guerra y el exilio de todos sus libros. Es difícil y ello puede explicar bien el sonido autofágico de su pensamiento. En 1943 Campoamor está escribiendo sobre la décima musa. En Buenos Aires vive de lo que publica, sobre todo en prensa.

---

<sup>9</sup> Citado literalmente por Campoamor que, sin embargo, no lo referencia en «Sor Juana Inés de la Cruz, Editorial Buen Aire, 1944, pág. 10.

<sup>10</sup> *Ibid.* Pág. 42.

«Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito», escribe con sarcasmo sor Juana. «El derecho al saber lo justifican muchas mujeres por el deber de servir», escribe Campoamor. Pero es una pasión dominante que no necesita justificarse. Estudia y labora *pro domo sua*. Tal deseo es una fuerza natural, avasalladora. Mala cosa es que falte maestro. Se suple en profundo soliloquio. Por buscar compañía disputó sor Juana con un barbilindo<sup>11</sup>. Por haberlo hecho se fue a pique.

El tal era un predicador luso, de vanidad y envidia, que a todo se atrevía. Y en los reinos no el único. Sor Juana se vio en grado de corregirle un tanto. Pero tal cosa, correcciones femeniles a talentos masculinos, no estaba prevista en el guion. Le respondió, travestido de monja, el Obispo de Puebla<sup>12</sup>. Por haber querido corregir al que yerra, sor Juana tuvo que dejar mesa y cerrar los libros. Mucho se alegrarían del trance sus enemigos y mucho ganó la misoginia. La Nueva España, que había apoyado a su maravilla, por ser extraña e impensada, la dejó callar. Las excepciones tienen el destino de extinguirse. En los conventos jerónimos las profesas tenían derecho a habitación, gabinete, muebles, criadas y consuelos. Dulces, golosinas, cosicosuelas. Sor Juana nos fue retratada justo en su mesa. Es el suyo un lienzo de tintes majestuosos en el modo en que solían hacerse los de las reales personas. Su mesa ocupa su buena mitad. Mujer y mesa, he ahí una imagen notoria y poco frecuente. Imagino que también la vendió cuando hubo de dejar sus libros, sus aparatos, sus instrumentos musicales... todo. Fue una infamia. Campoamor lo señala bien porque otro tanto le ocurre. «Cilicio y disciplina son su única biblioteca». A la tinta la sustituye la sangre con la que firma y afirma ser «la peor de todas». Me pregunto si Campoamor corrió ese riesgo. Me conforta creer que no, dada su claridad y el cambio de los tiempos.

Se dice de algunos virreyes de la India británica que viajaban con sus camas. Campoamor, por asombro, logró hacerse con su mesa. Y es que no reflexionamos mucho cuando hablamos de la habitación

---

<sup>11</sup> Da Campoamor señas suficientes del tal. Antonio Vyera, orador sagrado y famoso, jesuita portugués que era tenido en mucho. Escribió un sermón del que guardamos memoria solo porque sor Juana, muy amablemente, se lo corrigió un tantico.

<sup>12</sup> O sea, la autoridad a la que no cabía replicar, quien le aconsejó, vestida como sor Filotea, que se dejase de libros.

propia porque, si es propia, desde luego que no es un *boudoir*. Tiene una mesa clavada en medio. Y sobre ese mueble gira el resto. Martín Rico nos pinta una escuela de niñas y tan bien lo hace que gracias a su pintura conocemos la exactitud del Informe Moyano, que en las escuelas de niñas normalmente no hay mesas. Son «La Amiga», que nos cita Góngora: las niñas están al aire libre, en un patio, haciendo labor, sentadas en sus sillas de enea. Nada estudian, nada escriben, aprenden a coser. Abrirse paso en el saber ha sido una lucha inmensa. Cuenta Campoamor un sucedido que le fue relatado. Ello es que no solo las señoritas estudiantes de 1911 fueron recibidas a pedradas. Concepción Aleixandre, primera médica española, le contó que, sistemáticamente, sus compañeros de clase le tiraban piedras a la salida, en 1896<sup>13</sup>.

Yo he visto a Carmen Alborch, con un ordenador tamañito, apoyarlo en cualquier tiempo que encontrara, por exiguo que fuera, para escribir. Y a Aurelia Capmany escribiendo a máquina, alejada del ruido, entre dos carreteras. Pero ambas usaban de mesa para ello; porque para escribir la mesa es imprescindible. Y Campoamor escribía continuamente.

#### ESTO VA DE ACABAR MONUMENTOS

Digamos que algunas mujeres escribieron en el pasado y para ello tuvieron que contar con su dónde. Mesa, aunque no fuera propia, que lo de la habitación propia era mucho pedir. La mesa es esencial al estudio y la escritura. Cierto que escritoras de primera magnitud, Jane Austen por ejemplo, o las Brontë, escribían a tintero y sin mesa propia. Usaban de la que se tenía para comidas y tertulias, en la habitación común de la que se entraba y salía sin pedir permiso ni darlo. Esa, al aire de los ratos perdidos, ésa parece haber sido la mesa de muchas. Por eso al saber de las mujeres hay que adjuntarle siempre testimonio de su mesa.

Carmen Olmedo andaba con un centímetro en el bolso y Clara Campoamor se fijaba en monumentos desmochados. En la historia de la relevancia femenina esto de heredar monumentos a medio hacer parece ser la regla. Andaba Campoamor haciendo su carrera

---

<sup>13</sup> En su «Concepción Arenal», op. Cit. pág. 13.

de derecho a salto de mata cuando falleció Emilia Pardo Bazán. La más resuelta de nuestras escritoras se había pasado la vida batallando, si bien asegurada por un patrimonio que no era manco. Edificó un palacete en Pozas, casi enfrente de Liria, y se empeñó en que los desmontes de Moncloa podrían convertirse en un verdadero parque si se los adecentaba con algunos monumentos de prestigio. Así que se propuso que se hiciera uno, se levantara más bien, a la primera gloria de la juridicidad española, Concepción Arenal. Mataba tres pájaros de un tiro: mujer, intelectual y gallega como ella misma. Y quizá un cuarto, porque la misma Emilia cuenta lo mal que la miró Arenal cuando de niña le fue presentada. La madre de Emilia, orgullosa de lo inteligente de su única hija, invitó a la casa familiar a la Visitadora de Prisiones y le enseñó al pimpollo diciendo «Emilita, que no para de leer, que es lo que más le gusta». Y aquella señora, Arenal, la miró francamente mal por lo visto. Esto pasa en la dinámica de las excepciones y ambas dos lo eran, una *de facto*; la otra llegaría a serlo.

El caso es que había propuestas diversas monumentales y Pardo Bazán estimó que Arenal merecía un verdadero recuerdo. Poner señales se llama también a esta actitud. Inició el monumento por cuestación popular. Las cuestaciones se estaban inventando para usos civiles y eran muy queridas por los prohombres. Sin ir más lejos la *Venus del espejo* fue una, la primera de ellas. Las cuestaciones religiosas eran perfectamente corrientes. Las segundas, en lugares como España, solían ir mejor que las primeras. La de Arenal se estancó y quizás ya no tuvo ánimos o ganas Bazán de seguirla. Había en el parque una peana. Ahí advino Campoamor, que, tomando el relevo, se anotaba el apoyo a la jurista en que ella ansiaba también convertirse. Abrazó la cuestación exánime, la resucitó y le puso culmen. Hubo que volver a abrirla, escribir listas, traer y llevar papeles, andar por oficinas, hablar con prohombres... pero las pesetas se fueron poniendo unas sobre otras y al fin Arenal pudo ser contemplada en su monumento y las palomas a lo suyo. Concepción Arenal tiene esa estatua porque la inició Bazán y la terminó Campoamor. Son etapas en la gran lucha por la memoria que el feminismo lleva en los dos últimos siglos. Lo inauguraron en el año 34 con gran boato<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Lo hizo Alcalá Zamora, presidente entonces, con quien coincidió y nunca paró de encontrarse.

Todo va de relevos: Arenal, Bazán, Campoamor.. Olmedo, Alborch... Arenal sigue sentada en el parque del Oeste y se acompaña de breves palabras: «Amó la ciencia. Consoló el dolor». Mucha mesa debió necesitar pues mucho dejó escrito. Recoge Campoamor, en el ensayo que le dedica, un tópico que corre por los ambientes: «Se ha dicho de Concepción Arenal que es una escritora más citada que leída»; Clara lo admite y lo deplora a partes iguales. Con ella, cuando más de diez años después y dos guerras por el medio escribe, tiene además esa cosa en común: que a Arenal le fastidiaron la vida las continuadas contiendas civiles, lo mismo que a ella misma. Opina Campoamor que ni los problemas que planteaba en sus escritos están resueltos ni se escucha fácilmente su genialidad. Arenal es un entendimiento poderoso capaz de enumerar para realizarse una agenda social profunda de cambio: no solamente es la penalista que aboga por que se dulcifiquen las penas; es la que escribe sobre hacer menor la jornada de trabajo, impedir el infantil. Prohibir los trabajos insalubres, establecer pensiones de invalidez, abrir muchas profesiones a las mujeres, la de clérigo incluida, que la tierra pueda ser comprada por quien la hace fructificar, que la herencia se limite, que la educación se universalice, que los trabajos domésticos se comunalicen, que la pena de muerte desaparezca. «Toda su obra fue una cruzada contra el dolor, la miseria y el mal»<sup>15</sup>. Ya que no leída, aquella a la que media Europa escuchaba, que sea vista, seguro que pensó Campoamor: la imagino disfrutando durante el acto de inauguración<sup>16</sup>.

En ese año 34 Campoamor estaba a punto de dejar las filas de su partido una vez que sobrevivió al horror que le produjeron los sucesos de Asturias a los que tuvo que atender por razones gubernamentales. Al año siguiente, una periodista francesa, hija de una afamada pintora,

<sup>15</sup> «El pensamiento vivo de Concepción Arenal», op. cit. pág. 50.

<sup>16</sup> Sobre Concepción Arenal, nota de Cánovas: «Soy yo –decía Cánovas– como estudiante bastante viejo a estas horas; y de aquellos que, si no tuvieron la fortuna de conocerla en la Universidad, porque dudo mucho que asistiera allí donde, al tiempo mismo en que ella pudo asistir después de su matrimonio, asistí yo constantemente, fui al menos de los que, muchas veces la vieron señalar con el dedo en el célebre Café del Iris, a la sazón en su mayor brillo, vestida de hombre, al lado de su marido y de un círculo de amigos particulares». Cánovas del Castillo, A., Sesión celebrada en honor de Dña. Concepción Arenal, en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, Madrid, 1893.

visitaría España y le haría una poco conocida entrevista<sup>17</sup>. André Cortis, pseudónimo de Andrée Magdeleine Husson, visita una España en que las mujeres votan, esas a las que una copla que ella misma recoge ordenaba: «No quiero que a misa vayas, ni que a la reja te asomes, ni tomes agua bendita donde la tomen los hombres»<sup>18</sup>. La recibió Clara ya en la plaza de la Lealtad y en los primeros días de octubre. Nos cuenta que hubo de padecer una considerable migraña causada por las muchas flores que las agradecidas españolas le habían hecho llegar a Campoamor en el aniversario de la victoria del voto en Cortes. André cita las paredes blancas y los muebles oscuros, que encuentra modernos y elegantes<sup>19</sup>. Tuvo que ver esa mesa. Llena de flores.

Arenal poseyó un escritorio que aún vive. Me la imagino escribiendo en él sus ensayos. Pero... ¿cómo trabajó Campoamor cuando salió huyendo? Ella misma cuenta que, dado lo muy conocida que era, empezó a figurar en algunas listas para «paseillos». No lo puede expresar mejor:

Dejé Madrid a comienzos de septiembre. La anarquía que reinaba en la capital ante la impotencia del gobierno y la falta absoluta de seguridad personal incluso para las personas liberales, –sobre todo quizá para ellas– me impusieron esta medida de prudencia (...) Si la gran simpatía que se siente siempre por la situación de los que se defienden puede llegar hasta a explicar los errores populares, esa misma simpatía rechaza llegar hasta el sacrificio, oscuro e inútil, de la propia vida. Se sabe también que los autores de los excesos, o los que los han dejado cometer, encuentran siempre cómo disculparse, aunque sólo sea pretendiendo que hay que juzgar a las revoluciones

---

<sup>17</sup> El ejemplar del libro que yo poseo es una novena edición, pero lo que las mujeres publican tiene una extraña tendencia a disolverse. Igual ocurre con las memorias republicanas de Campoamor que tuvieron muchas, al menos cinco, y resultaban inencontrables.

<sup>18</sup> En efecto, había dos pilas en las iglesias, señaladas con las palabras *hombres* y *mujeres*, para que no se produjera semejante promiscuidad.

<sup>19</sup> «Jamás he visto ni respirado tantas flores como en ese salón, muy moderno, paredes claras, muebles oscuros, grandes estanterías que da sobre una de las plazas más elegantes de Madrid. Las había sobre las mesas, las butacas, el despacho. Las había por los suelos. En fin, las había en otro salón pequeño cuya puerta estaba abierta –Todas me las han enviado las mujeres– me dice Clara Campoamor. Ayer fue el aniversario del día que se les acordó el voto... el rostro de Campoamor es bien conocido en París en los medios feministas» Du Couvent aux Cortes, Fayard, París, 1933.

en su conjunto y no en sus detalles... ¡Y yo no quería ser uno de esos detalles!...

Pretendió salir por Alicante pero no le dejaron cumplir su primitivo plan. El cómo se hacía la huida por este puerto lo relata en su libro *Heroísmo criollo*<sup>20</sup>. Tres mujeres, ella, su madre, una anciana de ochenta años, y su sobrinita, una niña, lograron embarcarse con destino a Italia; el caso era salir.

Por poco acaba en el fondo del Mediterráneo, porque en el mismo barco viajaba un puñado de falangistas que no dudaron en hacer planes para tirarla al mar. Escapas de los Hunos y te encuentras con los Hotros. Si así los nombró Miguel de Unamuno, sus razones tuvo. Valerosa como era, puesto que escuchó la conversación en que se hacían los planes, se presentó en el puente de mando y pidió la protección adecuada. La obtuvo, sí, pero viajando encerrada, con su madre y su sobrinita temblando, durante todos los días que duró la travesía. Y esperándola en el puerto de Génova la policía fascista con la admirable intención de meterla en la cárcel por «enemiga del régimen».

Los tiempos se estaban oscureciendo mucho y se tornarían todavía peores. Clara Campoamor tuvo que sufrir y ver cómo se desmoronaba la Europa que había firmado el Tratado de Versalles y creado la Sociedad de Naciones. Ella lo recuerda vívidamente<sup>21</sup>. Los corteses diálogos e iniciativas feministas que se habían producido allí en los primeros años treinta se habían esfumado en los cuarenta. El mundo volvía a estar en una guerra devastadora para Europa. Se pregunta... ¿Cómo es que no podíamos preverlo? ¿Cómo es que no pudimos darnos cuenta hasta que ya era imparable? En toda contienda hay mucho fuego y los muebles arden sobremanera. Aquella mesa encontró refugio.

---

<sup>20</sup> Clara Campoamor y Federico Fernández-Castillejo «Heroísmo Criollo. La marina argentina en el drama español», Buenos Aires 1939. De ese libro extraigo este apunte: «El falangismo (o fascismo como se le llamaba comúnmente) era en España antes de la guerra una fuerza política incipiente, con alguna organización en los grandes centros de población, pero desconocido en buena parte de los núcleos rurales del país». Previamente ha anotado: «Se repetía en España un fenómeno indiscutible de biología social: al degenerar la libertad en desorden, geminaba la dictadura. Los pueblos, entre anarquía y tiranía, condenados a elegir, optan siempre por esta última», pág. 70.

<sup>21</sup> «El palacio abandonado» en *La mujer en la diplomacia y otros artículos*, Editorial Renacimiento, Sevilla, 2017.

## LAS PEREGRINACIONES DE UNA MESA

¿Dónde escribió Campoamor en América? A ver, de lo poco que sabemos es que las pertenencias de las personas que huían de Madrid a menudo eran «guardadas», en realidad confiscadas, por las gentes al servicio de los informadores o las checas. Sabemos también que la plaza de la Lealtad tuvo muy buena guarda: el hotel Ritz se convirtió en hospital y varios de los muy buenos pisos de la plaza fueron vaciados, sus muebles desaparecidos, desvalijados, a cambio de un papel. La peripecia de esa mesa debió de ser colosal. Porque ella, sí, la misma que ahora está en la sala tal del Congreso, se ha ganado su fama a pulso. Parece que viajó fuera<sup>22</sup>, residió en Suiza, arribó a San Sebastián y, por último, recaló cerca de su primitivo asiento, en la acera de enfrente de la Carrera de San Jerónimo. Su dueña, ya se ha dicho, había salido a escape a localizar un barco que la sacase de España al comenzar el mes de septiembre del 36. En cuanto oyó rumores de que la podían pasear. Siguió en ello, muy atinadamente, la sentencia de otro mesista ya citado, Montaigne, de quien ella recordará que citó: «Si me acusaran de haber robado las torres de Nôtre Dame de París, comenzaría por salir de Francia»<sup>23</sup>.

Publica Campoamor qué ocurría en Madrid en tales fechas y lo escribe a los pocos meses, en París, casi encima de los hechos. Debió por tanto encontrar mesa para ello conforme. Lo que describe en *La revolución española vista por una republicana* es real y terrorífico.

El examen de los hechos que han ocurrido día tras día en Madrid y en Barcelona especialmente, el número de cadáveres encontrados diariamente en la Casa de Campo, en el Campo de San Isidro, en la Ciudad Universitaria, y, en fin, en las calles de la ciudad, permite evaluar el número de ciudadanos asesinados en tres meses –sólo en la capital de la República– en cien asesinatos por día como mínimo, es decir, una cifra que sobrepasa los diez mil<sup>24</sup>.

<sup>22</sup> El Atlántico hasta puede que cruzara, pero, la verdad sea dicha, no es seguro.

<sup>23</sup> *Vida y obra de Quevedo*, Gay Saber, Buenos Aires, 1945, pág. 44.

<sup>24</sup> *La Revolución Española vista por una republicana*, Universitat Autònoma, Bellaterra, 2002, pág. 154. Poco adelante señala: «Lo más odioso de estos asesinatos execrables fue, como siempre, la parte reservada a las mujeres que, con frecuencia, fueron apalazadas e injuriadas antes de perder la vida».

Las acusaciones que acababan con la vida de las personas podían parecerse a la de Montaigne, o a otra de Mme. de Staël, que se libró por un pelo de la guillotina cuando, durante la Revolución Francesa, escapando de la embajada de Suecia en París, la turba se incendió por uno que gritaba que «aquella mujer estaba llevándose al extranjero los tesoros de Francia». Había delaciones, a veces de enemigos, a veces incluso de chiquillos, ella misma lo dice, delaciones que no se podían responder. Alguna gente pedía, para salvarse, que la encarcelaran porque era la cárcel más segura que vivir en aquel Madrid en que se apagaban todas las luces de noche y comenzaban las detenciones y los tiroteos<sup>25</sup>. Cita Campoamor a «la escuadrilla del alba» llamada así porque empezaba las sacas a la una de la mañana. Madrid amanecía sin sombrero y disfrazada de *sansculotte*, con los niños jugando a la guerra.

Al atardecer, tropas revolucionarias ocupaban las calles del centro... las calles aparecían casi desiertas, los taxis habían sido retirados de la circulación, los coches particulares habían desaparecido... circulaban paseando a milicianos y milicianas que apuntaban sus fusiles y sus revólveres contra los transeúntes o contra las ventanas de las casas...

Cuando llegaba la noche «otra gente, desde ventanas y azoteas de la ciudad, disparaba sin cesar contra los milicianos que patrullaban en la calle». El Gobierno nada intentaba porque nada podía. En fin, cuando se produjo el suceso tremendo de la Cárcel Modelo, Campoamor supo que tenía que escapar de Madrid a como diera lugar. Muchos republicanos ya pensaban, como ella, que «mañana nos tocará a nosotros». Los entusiasmos por la República se enfriaron.

Si queremos encontrar publicadas las reflexiones de Campoamor sobre la República, probablemente tengamos que hacerlo en la enorme pieza histórica que es su *Quevedo*. Y sólo se puede hacerlo especularmente, como en un espejo, que debe de ser de donde viene propiamente *especular*. La reflexión de Campoamor sobre monarquías

<sup>25</sup> Terrorífico también todo lo que se cuenta de la página 130 en adelante: las listas, los desafueros, los supuestos errores. «Buscaban a la gente en pleno día en sus casas, en su trabajo, en la calle. Si no encontraban al que buscaban cogían a otro miembro de la familia». En vista de lo cual el Gobierno decidió «organizar las masacres» y creó las checas.

y valimientos debe ser entendida también en relación al presente, la Segunda Guerra Mundial, y al pasado inmediato, la Guerra Civil española, en que fue escrita<sup>26</sup>.

#### COMO LA UÑA DE LA CARNE

Campoamor y esa su mesa se me aparecen indisociables. Por esa mesa pasó una guerra y muchos traslados. Porque la conservó sabemos que Campoamor la adoraba; hizo sus mismos periplos. Era como su alma y guarda su vida. Ella anida ahí, y, si se sabe algo de lo que es vivir, se percibe que está. Allá donde está tu tesoro está tu alma. Esa mesa suya es una sinécdoque. Cuando su mesa se asienta en el Congreso ella vuelve allí también, de modo eminente. El año que conseguimos que la noble testa de Campoamor pasara la acera y se instalara ya definitivamente en el edificio histórico del Congreso me alegré infinitamente. Solo lamenté que mi Carmen Olmedo no estuviera ya. Empleó en ese reconocimiento todas las fuerzas que le iban quedando. Luchó siempre contenta, con visión de oportunidad y con estrategia. Medía los tiempos admirablemente. Intuía a las personas. No se rindió, la rindieron. Y cuando la mesa ha arribado a su noble lugar, mi Carmen Alborch tampoco está ya. Ella, la responsable del gran mural que Campoamor tiene en el Senado. Sobre la nostalgia ha de colocarse, vital, la alegría: amigas así alegran el alma. Poca gente tan guapa toca en cada vida. Las Cármenes fueron una suerte que valoro cada día.

Creía máximamente Olmedo en la memoria, igual que creía Alborch, y ambas sabían que sin memoria no puede haber agenda con dirección<sup>27</sup>. Y sin ambas, memoria y agenda, tampoco puede existir voluntad común. La mesa, esa sólida mesa, es voluntad. La individual de Campoamor y la colectiva de la memoria feminista. Está donde está porque la hemos traído sus hijas.

<sup>26</sup> *Vida y obra de Quevedo*, Gay Saber, Buenos Aires, 1945.

<sup>27</sup> De Concepción Arenal es este poema que rescato:

«Mi vida, ¿a quién importa? ¿Quién soy yo?,  
Una hoja caída que un día barrerá el huracán.  
¿A qué grabar un nombre en esa pobre hoja?  
Polvo escrito en el polvo».

Es de sentir, Concepción, pero en esto no te seguimos. Nos importa, ¡vaya que si nos importa!».



Marina Núñez. *Clara Campoamor*, 2006. Archivo del Congreso de los Diputados.



Despacho de Clara Campoamor, donado por la Asociación Clara Campoamor. Archivo del Congreso de los Diputados.